

«No soy yo»¹

Justo Serna

Estaban ya en la Llibreria Ramon Llull. Almudena y Lola lo tenían todo dispuesto. Con eficacia amistosa habían dejado el local preparado para el acto. La música ambiental sonaba algo atronadora, pensó Justo nada más llegar. O fue su impresión. Las anfitrionas no habían puesto guirnaldas. Son muchachas serias y no ponen farolillos o cosas así, confirmó Justo. Pero la ocasión merecería una decoración alegre, incluso ostentosa, admite. Menos mal que no fue así. La guirnalda prende fácil. También el papel de Feria.

Era una acogedora tarde primaveral y los invitados se disponían a presentar el último libro editado por Francisco Fuster y publicado por Javier Fórcola para su propio sello: 'Libros, buquinistas y bibliotecas'. El volumen tiene todos los merecimientos y es fruto del trabajo bien hecho por Fuster. Su ex alumno, se dice Justo, dispone de una cabeza habilidosa, ágil. Ahora, con mucho esmero, con un trabajo delicado, de orfebre, ha rescatado piezas olvidadas de Azorín. Horas y horas de hemeroteca. Justo recuerda las primeras recomendaciones y amonestaciones que le hiciera a Fuster. No se aburra consultando; es la prez de la investigación. Eso afirmó Justo, con esa palabra cursi y desfasada. Cuando se ponía bombástico en tutoría decía cosas así.

Fuster es un ahora un especialista de brillo. La obra tiene todo el mimo que Javier Jiménez le pone a sus libros de Fórcola y ambos han sabido hacer una promoción inteligente. Ahora, los tres acababan en Valencia, o eso había creído entender Justo. Tocaba hablar de un gran prosista, de Azorín. ¿Tres? Justo también interviene, sí, a pesar de que su ánimo esté quebrado. Pero por Fuster y Jiménez se repone.

Nada hacía sospechar lo ominoso del ambiente. Al contrario, la palabras juiciosas suavizaban el transcurso del acto y una felicidad modesta acompañaba el paso de la tarde. Hubo un registro fotográfico, gracias a distintas personas y, por tanto, del pequeño evento se han conservado diversas fotografías e incluso algún breve documental. Esas instantáneas son anteriores a los luctuosos sucesos. Fue la última vez que se vio con vida a Justo.

En una de esas imágenes, los tres comparecientes se hallan hacia el final del acto. Habla Francisco, arregla alguna nota Javier, y Justo mira ceñudo el objetivo de la cámara mientras lucha con el agua mineral. "¿Por qué mineral?", se pregunta en silencio. De un tiempo a esta parte, Justo se plantea cuestiones absurdas. Está tomando mucho limoncello y eso se aprecia en su deterioro neuronal.

Durante minutos, Justo ha temido la llegada del hombre del chándal. Ya tiene experiencia con este individuo. Viste una prenda de tactel con colorines que estuvo de moda y fue audaz a mediados de los ochenta. Ahora ya no. Ahora quien la viste es un ser trastornado, quizá psicótico. Siempre que acude a una presentación el hombre del chándal levanta la mano y en cuanto puede o le

¹ Texto publicado por el autor en su muro de Facebook, el 2 de mayo de 2014.

dejan habla de Don Juan Carlos y de sus alcahueterías. Inevitablemente dice dicha palabra culta y anticuada: alcahueterías. Está calvo, aunque todavía conserva cuatro pelos en guerrilla. Eso sí, la terminación de su cabello siempre acaba en cerlitas grasientas. Felizmente el loco del chándal no ha acudido al acto. O no se ha enterado o no le interesa Azorín.

Justo escucha a sus compañeros de mesa y a la vez piensa en un aforismo de Rodrigo Cortés, aquel que dice: "hay una edad a partir de la cual, cuando un actor muere, todos preguntamos: '¿Pero no estaba ya muerto?' ". Siente esa misma impresión cuando Juan Planas Bennásar le envía un mensaje telefónico. Aún están sentados a la mesa y alguien ya le ha remitido al mallorquín una instantánea. Juan Planas puede ver inmediatamente una fotografía de Justo y sus amigos. En el SMS que Juan le remite dice no reconocerle. ¿Quién eres?, le insiste Juan.

Por su parte, Mabel Fuentes le manda otro texto en el que confirma lo cambiado que está. Parece usted un hipster, añade. ¿Acaso son los quilos que se ha echado encima? No. Es el sombrero Stetson, las gafas Moscot, la camiseta, la rebequita. Está muy cambiado. Pero Justo odia hablar de esto. Él quiere hablar de Azorín, tan detestado aquí, en Valencia, por castellanista y hierático.

Algo no funciona. La desazón de cuerpo es apreciable en un leve temblor. ¿Acaso Justo estaba muerto y ese que ahí figura en la sala y en las fotos sólo es otro? Es un tópico socorrido. Es Borges: no soy yo, soy el otro, dándole al otro el sentido del doble; o no soy yo, dándole al otro el papel del impostor. Cuando miramos un retrato nuestro, tenemos siempre una impresión de extrañeza. ¿Por qué? Ese que ahí está adopta a una pose que ya no es, que ya no está. Arte funerario. El retrato es arte funerario, se dice otra vez Justo cuando adopta su pose y se libra de sus malos pensamientos.

Hace meses que no se ven en persona. Juan Planas ha atravesado una mala época: su cuerpo ha tenido severas embestidas, contraataques y prolongadas convalecencias. Convalecencias, no comparecencias. Ha estado retirado y su existencia de cenobita no le ha beneficiado. Juan mira a Justo en el móvil, pero distingue algo raro. Su clarividencia de convaleciente es precisa. Probablemente ese Justo sabe algo de Azorín y habla de él como consumado lector, como tenaz descubridor. El mundo siempre está a punto perderse y la lectura le añade zozobra, al tiempo que le quita algo de incertidumbre. Así es como obraba Azorín.

En ésas están cuando se abre la puerta de Ramon Llull. Entra primero un hombre altísimo. Para su edad, conserva la talla. Luego le sigue el hombrecillo del chándal. Hoy lleva colores discretos: marrones, beig. Cosas así. A Justo le recuerda a alguien. Se ve reflejado en él. Todos dirían que es Justo: un chándal planchado (¿planchado el tactel?). Lo que Justo distingue inmediatamente es que el loco lleva bajo el brazo unos listones envueltos con bolsas de Leroy Merlin. De manera incongruente lleva también un mechero que esgrime amenazadoramente. Varios clientes consiguen reducirlo.

La cosa no ha pasado a mayores, el acto ha continuado, y el final de la presentación se ha consumado con una cerrada ovación a los comparecientes. Fuster empezó a firmar ejemplares de sus libros. Justo no se queda al vino.

Tampoco a la cena. El loco del chándal que se parece a Justo había sido detenido y el profesor quiere averiguar la identidad del tipo y qué pasaba. Poco después ya ha sido puesto en libertad. Justo no sabe qué pensar. Menos mal que la cultura no depara sólo momentos de aburrimiento, se dice tontamente. Cuando la noticia del altercado llega a la Feria del Libro, muchos han cerrado ya las casetas. Justo se pasea solitariamente. No sabe si el loco, recién liberado sin cargos, habrá acudido al recinto. En una caseta de Carrefour, que cierra a las 22 horas, Justo encuentra al doble, al impostor. Lleva una guirnalda puesta y está comprando el libro de Dan Brown. Así lo oyó.

Un minuto después, Justo yace sin vida en el asfalto.

Empuña una bolsa de Carrefour.